

PREGON DE JESÚS DE MEDINACELIS

La Línea de la Concepción

8 de marzo de 2014

Yo lo he visto.

Dicen que no existe Dios,
y yo lo he visto en La Línea
andando un Miércoles Santo
entre dos eternas filas
de Nazarenos de Luz
que en el ocaso caminan.

Siempre con los pies descalzos,
y sus pisadas divinas
las va siguiendo en silencio
una marea infinita,
de fervorosas plegarias
y de promesas cumplidas.

Dicen que no existe Dios,
y yo lo he visto en La Línea
con las manos siempre atadas
y la mirada perdida,
y la zancada valiente
del paso de su cuadrilla.

El que no cabe en los cielos
va preso de una injusticia
vestido de terciopelo
con centinelas de brisa,
y traspasando sus sienas
una corona de espinas.

¿Dicen que no existe Dios?
Si yo lo he visto en La Línea,
sobre una alfombra de lirios
parándose en cada esquina.
Y una *levantá* solemne,
y un crujir de orfebrería.
Y una *chicotá* de gloria
capataz y contraguía.

Y otra vez, Miércoles Santo,
y toda una Cofradía
siguiendo a Jesús Cautivo
por las calles de La Línea.

¿Dicen que no existe Dios?
¡Yo te digo, que es mentira!

Saludo.

Ilustre Señor Don Juan Enrique Sánchez Moreno, Pbro. Caballero de la Orden de San Fernando y San Clemente de Sevilla y Director Espiritual del Consejo Local de Hermandades y Cofradías del Arciprestazgo de La Línea de la Concepción. Rvdo. Padre D. Mario Luís Almario Martín, Cura Párroco de esta de Santiago Apóstol y Director Espiritual de la Hermandad de Jesús Cautivo y Rescatado. Representantes del Consejo Local de Hermandades y Cofradías. Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Medinacelis. Hermanos Mayores y representantes de las distintas Corporaciones. Hermanos, amigos. Amados todos en el Señor que hoy habéis querido acompañarnos.

No quisiera comenzar sin antes dedicar unas palabras de agradecimiento a mi buen amigo José Antonio Antequera, que ha tenido a bien presentarme para dar fiel cumplimiento a lo que mandan los cánones. Además de un buen amigo, eres un mejor cofrade, y siempre te recordaré delante del palio de María Santísima de la Trinidad, encendiéndole la candelera como nadie.

¡Gracias por todo!

Mi agradecimiento también a la Junta de Gobierno de la Hermandad de Jesús Cautivo y Rescatado, por haber confiado en mi persona para ponerle palabras a este VI Pregón de Medinacelis. Tarea que me honra, y que espero esté a la altura que, tanto la Cofradía como el Señor se merecen.

Ave María Trinitaria.

¡Dios te Salve! María Santísima de la Trinidad. Concebida sin mancha ni pecado en los arcanos anales de los tiempos. Pura y Limpia. Inmaculada Siempre Virgen María. Hija Excelsa de Dios Padre.

¡Dios te Salve!

Esposa del Espíritu de Dios, Señor y Dador de Vida. Que con su sombra poderosa, y su esplendor, cubrió las entretelas virginales de tus entrañas encarnándose en la patena de tu vientre, para que el Verbo de Dios se hiciera hombre.

¡Dios te Salve! María. Madre de Cristo Cautivo y Madre Nuestra. Madre de la Trinidad inexpugnable, y madre de los hombres de esta tierra. Ruega siempre por nosotros, que cruzamos el sendero de esta vida terrena signados con la herencia del pecado de Adán, y condúcenos de tu mano hasta el seno de Abrahán tras el trance amargo de la muerte. Amén.

En el nombre de la Santísima Trinidad.

Ya en el siglo XII los piratas musulmanes asolaban el Mediterráneo, y multitud de cautivos Cristianos llenaban las mazmorras de la España árabe y del norte de África. Como represalia, las huestes francesas hacían lo propio con prisioneros berberiscos en Marsella y otros puertos del sur. Juan de Mata, un muchacho perteneciente a una distinguida familia de la Provenza francesa, contemplaba toda esta tragedia con espanto.

A la edad de 20 años, decidió consagrar su vida a mitigar tan dramática situación. Doctorado en Teología por la Universidad de Paris, fue ordenado sacerdote, y en su primera Misa tuvo una visión de Cristo Redentor sosteniendo con sus manos a dos cautivos. Desde aquel mismo momento sintió que Dios lo quería dedicado a la obra de la redención y se dispuso a ofrecer a la Iglesia un carisma evangélico nuevo cuyos elementos esenciales se definen en dos términos. Trinidad y Redención.

En diciembre de 1198, el Papa Inocencio III decretó la Bula de Aprobación para la fundación de una orden religiosa basada en el Misterio de la Santísima Trinidad, que respondía a una necesidad grave y urgente, el peligro de los piratas que durante muchos años asolaron el Mediterráneo y el Atlántico oriental, atacando numerosas veces las costas de España, Francia e Italia.

De este modo, la Orden Trinitaria fue la primera institución oficial de la Iglesia dedicada al servicio de la redención de cautivos y encarcelados, y a devolver la libertad a los hermanos en la fe que sufrían bajo el yugo de la cautividad, sin mas armadura que la misericordia y la confianza segura de estar llevando a cabo las enseñanzas del Evangelio.

Así pues, sin saberlo, San Juan de Mata sentó las bases de nuestras actuales Hermandades de Jesús Cautivo uniendo devocionalmente a esta advocación cristífera la advocación trinitaria.

Con el correr del tiempo y los avatares de la historia, la Orden de los Trinitarios fue el origen de lo que hoy conocemos como Vulgo de Medinacelis, tras una sucesión de hechos en parte contrastados y en parte velados por las brumas de la leyenda.

Durante varios siglos, los Hermanos Trinitarios liberaron a miles de Cristianos cautivos, oprimidos y vejados por el Islam, pagando el rescate que los moros pedían en monedas de oro y plata, y en ocasiones, entregándose ellos mismos a cambio de los prisioneros cuando no era posible efectuar de otro modo el pago del rescate.

Fueron muchos, como digo, los cautivos liberados por la Orden Trinitaria, que no escatimaba esfuerzos para cumplir con su cometido sin hacer distinciones entre ricos y pobres, entre hidalgos personajes y gentes del vulgo.

Uno de los más famosos cautivos liberados por la Orden fue Miguel de Cervantes Saavedra. El trinitario que pagó por él los 500 ducados de oro que exigían como rescate fue fr. Juan Gil, que lo salvó *in extremis* cuando se lo llevaban a Bizancio el 19 de septiembre de 1580.

Pero los designios del Altísimo quisieron que los Trinitarios fueran partícipes de un hecho extraordinario, el rescate y redención de un Cautivo que marcaría para siempre la fe del pueblo. Con aquel maravilloso suceso no sólo se evitaba la profanación de una sagrada imagen, se sentaban las bases sobre las que hoy se sustenta la devoción de Medinacelis.

Los trinitarios habían rescatado de su cautiverio al Hijo de Dios mismo, y Dios a cambio ponía en marcha su plan divino para que cuatro siglos después, en la tarde del Miércoles Santo, Jesús Cautivo y Rescatado salga al encuentro del pueblo linense que lo espera para acompañarlo en Estación de Penitencia al Templo Patronal y Santuario Mariano de la Inmaculada Concepción.

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que la devoción al Santísimo Cristo de Medinacelis es una de las más extendidas, arraigadas, y multitudinarias de toda España. Esto queda de manifiesto sólo con pararse a contemplar, en cualquier iglesia donde se venere una imagen de Jesús Cautivo, la interminable cola de fieles que aguardan durante horas el primer viernes de marzo para acercarse un instante al Señor y venerarlo fervorosamente depositando un beso en sus pies.

Ayer mismo, fuimos nosotros testigos y parte de este hecho prodigioso y ancestral que se renueva cada año en este Templo de Santiago Apóstol, al que acuden los linenses, devotos de este Señor que ha querido quedarse cautivo para siempre entre nosotros. Con un beso entregó el traidor a Jesús, y con un beso también se entrega La Línea entera a su Cristo de Medinacelis.

Pero, ¿De donde surge tanta devoción? ¿Qué es lo que diferencia a esta Sagrada Imagen de otras imágenes de Cristo? La respuesta se remonta a mediados del siglo XVII y está fuertemente vinculada a la Orden Trinitaria y a su obra de redención de cautivos.

Treinta monedas.

Aquella primitiva imagen era un Nazareno de autor desconocido, atribuida a la Escuela Sevillana de Juan de Mesa, y fechada en la primera mitad del siglo XVII.

Por esos años, las naves españolas surcaban el Mediterráneo en constante lucha con los piratas berberiscos que atacaban y asolaban las costas. Con el fin de reforzar la lucha desde tierra, la Corona de España tomó varias plazas en el norte de África, entre las que se encontraba la fortaleza de Mámora, bautizada por los españoles como San Miguel de Ultramar, y a la que llega la Imagen del Cristo para presidir la capilla de la guarnición.

En abril de 1681 la ciudad de Mámora fue sitiada y tomada finalmente por el sultán Muley Ismael, llevándose a un gran número de prisioneros y a la Imagen del Cristo como parte del botín.

En la cercana población de Mequínez los fanáticos islamistas arrastraron la imagen del Santísimo Cristo por las calles, ante el horror de los frailes trinitarios que se encontraban en la ciudad para negociar el rescate de cristianos cautivos.

Los trinitarios, decididos a poner fin a tales profanaciones, propusieron pagar su acostumbrado rescate por aquel tan sagrado cautivo, y el sultán pidió como pago el peso de la propia imagen en oro.

Fueron numerosos los nobles castellanos que aportaron monedas de oro para salvar a la imagen de su destrucción, y la leyenda cuenta que puesto el Cristo en una balanza, los dos platos se nivelaron cuando el número de monedas llegó a sólo 30, las mismas que cobrara Judas por su traición.

Tras el pago convenido, llegaron los moros con la Bendita Imagen hasta las murallas de Ceuta, y todos los Caballeros, soldados y población de la Plaza salieron a recibirla entre muestras de júbilo y devoción. La cogieron sobre sus hombros, y a modo de procesión la llevaron al Real Convento de los Padres Trinitarios Descalzos, donde con toda solemnidad se cantó el Te Deum en acción de gracias.

Desde Ceuta, el Cristo embarcó hacia Gibraltar y cruzando las arenas del istmo sobre el que hoy se asienta nuestro pueblo, el 15 de agosto de 1682 emprendió el camino hasta Sevilla, y poco después a Madrid, donde los Duques de Medinacelis cedieron el solar y las limosnas necesarias para edificar, en 1686, la Capilla de Nuestro Padre Jesús Nazareno del Rescate, que comenzó a conocerse popularmente como El Cristo de Medinacelis.

Esta tierra nuestra, devota ferviente de María Inmaculada y cofrade por excelencia, fue testigo del paso de Jesús Cautivo en su peregrinación hacia su emplazamiento definitivo en Madrid, y hubieron de transcurrir varios siglos mas para que bajo el cielo linense, otra nueva imagen del Señor de Medinacelis volviera a procesionar por nuestras calles, dejando las huellas de sus pies descalzos sobre las arenas del istmo.

Todo me hablaba de Dios.

Un lejano Jueves Santo, esperando junto a mis padres para ver el transcurrir de las Cofradías en la esquina de la Calle Sol con Jesús del Gran Poder, la casualidad quiso que fuésemos testigos de un encuentro singular.

Cuando los últimos nazarenos de las Hermandades del jueves se alejaban buscando la Plaza de la Iglesia, un cortejo de penitentes de rojo y blanco, se acercaba custodiando entre capas de raso a un Cristo moreno con las manos atadas y los pies descalzos, que parecía caminar silenciosamente bajo el amparo de la noche.

Era el Medinacelis, que no pudo salir la tarde antes porque la lluvia no dio tregua a las Hermandades del Miércoles, y se había echado a la calle para acudir a su cita con La Línea como cada primavera.

Era el medinacelis, y yo no lo había visto nunca, porque el Miércoles Santo mis cansados pies de niño iban siempre acompañando a mi Cofradía de la Colonia, y mis ojos velados por el sueño buscaban descanso en los ojos azules de mi Virgen del Mayor Dolor.

Aquel año, la lluvia, o tal vez la voluntad de aquel Cristo moreno con los pies descalzos y las manos atadas que pasaba silenciosamente ante nosotros, o tal vez las dos cosas, hicieron posible que ese niño de Cofradía de barrio, pudiera ver por vez primera la imponente estampa del Hijo de Dios Cautivo y Rescatado de Medinacelis por las calles de La Línea.

Años después, estudiando Formación Profesional en la Acelerada, conocí de la mano de Antonio Vázquez los entresijos más íntimos de la devoción al Cautivo.

Con él me escapaba entre clases a la cercana Iglesia de Santiago, aquel Templo vetusto de asoladores espacios que sucumbió al paso de los años, y frente al Cristo de sus devociones hablábamos de guardabrisas, y de noches de cofradías en estaciones de penitencia de ensueño, hasta que el Padre Castilla aparecía por la puerta de la Sacristía y nos devolvía de nuevo al mundano aburrimiento de las clases a media tarde.

Me hablaba de Ti, Señor, Antoñito en su incansable misión de compartir con todos ese amor sin colmo ni mesura que te profesa. Me hablaban de Ti, Leonor y María José, que te seguían hasta perderse en las volutas de la incipiente madrugada con una devoción profunda, herencia de su madre y de su abuela.

Me hablaba de Ti, Señor de Medinacelis, aquel joven que víctima de los errores de la vida penaba una condena en la prisión de Botafuegos. Y me hablaron de Ti, Señor, tantos y tantos otros que no quisiera dejar en el olvido.

Y otros tantos que ya no están entre nosotros porque acudieron obedientes a tu llamada, como acuden los costaleros a la voz del capataz para llegar a los cielos en esa *levantá* suprema que a todos nos aguarda.

Me hablaban de Ti, Señor de Medinacelis, y me siguen hablando. Como hablan de ti los jazmines que saltan la tapia de ese patio de la calle Jardines, para perfumarte entre las brumas de una tarde azul añil de primavera.

Y como habla de Ti la luna de pasión y nácar del Miércoles Santo, que se queda suspendida hasta los últimos retazos de la noche, para verte pasar de recogida entre las llamas somnolientas que derraman sus últimas luces tras los vidrios sin mancilla de tus fanales.

Y la brisa de sal amarga y de susurros que se acerca hasta tus pies desde la playa.

Y el fiero rugir del temporal, que riza de espumas y temores las crestas de las olas.

Y el arrullo de los vencejos, que en las tardes de verano se recortan en el cielo enhebrando con sus picos los jirones de las nubes.

Y el recuerdo inmemorial, de los sillares que te vieron cruzar por vez primera entre los muros y baluartes de La Banqueta.

Y los rumores de las sombras, que se alargan en la tarde entre las dormidas piedras de Santa Bárbara.

Y los aparejos vencidos de los hileros que torcían sus cabos en los arenales inmensos de El Conchal.

Y el acre olor de la brea del calafate, embalsamando la mañana de un estrecho callejón en El Castillo.

Y todo un barrio. Y un pueblo entero, Señor, caminando tras de Ti.

Llevando a rastras las cadenas de sus plegarias, por cumplirte una promesa, o darte gracias por la gracia que tuviste a bien concederle desde el púrpura tormento de tu cautiverio.

Porque Tú, Señor. Rescatado por la trinitaria devoción de los linenses, continuas Cautivo de este pueblo que te sigue año tras año, renovando las promesas de la Fe tras las huellas que tus pies dejan en la indeleble memoria de los tiempos.

Tú, Señor, que en el Misterio inexplicable de la Santísima Trinidad, eres a un tiempo Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dios de Dios. Luz de Luz.
Dios Verdadero de Dios Verdadero.

Reo y Rey. Juez Supremo, y Víctima inmolada en el ara redentora de una Cruz, que se alza desafiante contra la ignominia de la falta de fe y del laicismo. Impuesto por unos pocos, que quieren hacer de este pueblo una Sodoma de ideales trasnochados y libertinajes represivos.

Que se atreven a decirnos, sin mirarnos a la cara, que somos víctimas de la ignorancia porque creemos en Dios, y queremos dar testimonio de Dios en nuestras vidas.

Que niegan la existencia de Dios, y atentan contra la libertad de credo y confesión de los que somos Creyentes y Católicos.

Que dicen, en su discurso de voceros que intentan a toda costa anular los dogmas de la religión que nuestros padres nos legaron, que Dios no existe.

¿Quién dice, que no existe Dios?
Si Dios está en la agonía
del jornalero que vuelve,
y entre sus manos vacías
no lleva, para sus hijos,
nuestro pan de cada día.

Y en la inocencia del niño
que empieza a andar por vida.

Y en la soledad amarga
del anciano que termina.

Y en el dolor del enfermo,
y el amor del que lo cuida.

Y en el corazón del justo
que obra siempre con justicia.

Y en las palabras del sabio.
Y en la ilusión siempre viva
de la juventud que lucha
por una sociedad digna.

Y en las ramas del naranjo
que en primavera se agitan,
perfumando de azahar
cada rincón de La Línea.

Y en la espadaña del Templo,
con sus campanas y esquilas.
Y en los reflejos dorados
del sol sobre las aristas,
cuando buscando el oriente
se pierde tras una esquina.

Y en las arrugas marcadas
de la abuela, que dormita
desgranando de un rosario
las Glorias y Avemarías,
mientras aguarda a que llegue
su Cristo, de recogida.

Y en el océano inmenso
ebrio de perlas marinas.

Y en la bruma, siempre etérea,
vaporosa y nacarina.

Y en la caridad humana,
que a la pobreza mitiga.

Y en las bienaventuranzas
que nos tienes prometidas.

Y en el Azul de los cielos.
y en las cumbres cristalinas.

Y en la exhalante floresta.
Y en la escarcha helada, y fría.
Y en el alba que despierta.
Y en la tarde de declina.
Y en la verdad transparente.
Y en la velada mentira.

Y en las gráciles palmeras
que con el viento se inclinan.

Y en las fuentes que en la plaza
saltan con voz cantarina.

Y en la oración penitente
del nazareno de fila.

Y en la Cruz del presbiterio
Y en la paz de una capilla.
Y en la vidriera emplomada
Del parteluz de una ojiva.

Y en la dulzona andanada
del incienso, que trasmina,
con nebulosa fragancia
ante las Plantas Divinas
de un Cautivo y Rescatado,
Dios uno y Trino, y Mesías.

¿Dicen que no existe Dios?
Y yo digo que es mentira.
Que aquí sabemos que existe
porque, digan lo que digan,
Jesús de Medinacelis
es Dios, y vive en La Línea.

*A Salvi, y a Rubén,
que con un amor inmenso y una dedicación sin límites
son custodios guardadores de tu rosa de blondas y encajes.*

Francisco José Corral Rojas.